

Las comunidades indígenas en la amazonía peruana pueden empoderarse para que sigan su propia visión del desarrollo sostenible

por Mario Loayza Villegas

EDMAR

Av. Julio Vega Solís X-39

Chorrillos, Lima, Perú

Edmar2@terra.com.pe



Alto valor: las mujeres Asháninkas, miembros de un Club de Madres, examinan una plántula de cedro (*Cedrela odorata*) producida en el vivero de la comunidad. Fotografía: R. Guevara

EL PRESENTE INFORME está basado en la experiencia acumulada en el trabajo con siete comunidades indígenas de la etnia Asháninka, asentadas en el valle del río Pichis, en la Selva Central de Perú.

En este ámbito, debido a la construcción de importantes carreteras de penetración, se intensificó la deforestación con fines de expansión de la frontera agrícola sobre tierras no aptas para este uso. Las colonizaciones de campesinos sin tierras y la conformación de poblados al lado de carreteras y puertos, afectaron las economías de las poblaciones tradicionales cautivándolas. En estos poblados se concentran comerciantes intermediarios de todo bien o servicio, lícito o ilícito. Compran maderas y otros productos del bosque, peces y animales domésticos. Son parte de la cadena del narcotráfico internacional. Venden productos provenientes de otras regiones.

Estos madereros son altamente selectivos, utilizan únicamente los mejores fustes. Al cortar los mejores ejemplares, se reproducen los peores, ocasionando un progresivo deterioro de la calidad de los bosques ... Y es que la pobreza obliga a los indígenas a permitir e incluso a fomentar estas prácticas

Los madereros, que aquí se les conoce como aguaneros, primero se llevaron el águano o caoba (*Swietenia macrophylla*), después el cedro (*Cedrela odorata*), recientemente el ishpingo (*Amburana cearensis*) y actualmente se están llevando los últimos tornillos (*Cedrelinga catenaeformis*) de esta zona. Estos madereros son altamente selectivos, utilizan únicamente los mejores fustes. Al cortar los mejores ejemplares, se reproducen

los peores, ocasionando un progresivo deterioro de la calidad de los bosques.

Y es que la pobreza obliga a los indígenas a permitir e incluso a fomentar estas prácticas. Se trata de un círculo vicioso en el que se potencian mutuamente las necesidades humanas y la degradación ambiental. Las comunidades para salir de esta trampa, precisan de la capacidad técnica con miras a alcanzar el control de sus recursos forestales y para ello la asistencia externa puede ayudar y en realidad podría ser esencial.

En junio de 2002 se dio inicio al proyecto de la OIMT PD 14/98 REV.1 (F) "Uso sostenible y reforestación de los bosques amazónicos por comunidades indígenas", gracias a una donación del Fondo Común para los Productos Básicos, que tiene el objetivo de integrar las prácticas forestales tradicionales con los sistemas modernos de producción para un mejor aprovechamiento de los productos del bosque a escala local y para mantener la integridad del ecosistema forestal. El proyecto es la continuación de un proyecto anterior de la OIMT (PD 16/94 REV.1 (F)), que trabajó especialmente con la comunidad en El Milagro (ver AFT 4/4 para un informe del progreso alcanzado en este proyecto). El proyecto actual se elaboró por solicitud de las comunidades indígenas de la región, que trabajan actualmente con EDMAR (Ecodesarrollo, Medio Ambiente y Reforestación)—una asociación civil sin ánimo de lucro (ONG) que es el organismo ejecutor del proyecto (en colaboración con el Instituto Nacional de Recursos Naturales—INRENA)—con miras a incorporar las actividades económicas tradicionales en el marco de un plan de manejo forestal sostenible.



Refugio: en estas viviendas típicas viven las familias de la comunidad Divisoria Asháninka.
Fotografía: R. Guevara

Este proceso de cambio demandaría que las familias pongan a disposición del proyecto parte de sus integrantes para formarlos como técnicos, lo cual agudizaría la pobreza familiar por el trabajo que dejarían de realizar. En una economía de sobrevivencia, sin duda, el programa de capacitación se tornaría cada vez más dificultoso y difícilmente lograría su objetivo. Por ello es que la estrategia global del proyecto, que es la formación de técnicos para el manejo forestal sostenible, se complementó con un programa de incentivos económicos, que promueve la reforestación de especies valiosas y la introducción de técnicas agroforestales, para compensar a la familia el tiempo que sus componentes dejan de trabajar mientras se capacitan.

Del bosque al pastizal

A finales de la década anterior, se hizo evidente el deseo del gobierno de aquel entonces de reelegirse por tercera vez. Para lograrlo se pusieron en marcha proyectos para introducir ganado en las comunidades con el solo requisito de tener pastizales instalados y se intensificaron los programas asistencialistas de apoyo alimentario. Sin duda, el mayor depredador de los bosques en esta década fue el Proyecto Especial Pichis Palcazú del Ministerio de Agricultura, cambiando, en el tramo carretero del ámbito de influencia del proyecto, el uso de la tierra de bosque a pastizal.

Introducir ganado en los territorios de las comunidades nativas es un deseo que se mantiene latente en sus pobladores. Lo que impide que el deseo se cumpla es la falta de financiamiento, pues en la actualidad no existe este programa. El problema de la introducción de ganado en estos territorios es el aliento irracional de impulsar la apertura de bosques sin respetar la vocación de los suelos. Pastizales se pueden ver en tierras inadecuadas para este uso, o en tierras que deberían utilizarse para cultivos agrícolas, e incluso ocupando los bordes de los ríos. Al parecer, no existe ganadero que haya mejorado visiblemente su condición económica en comparación con las actividades tradicionales. Pero sí es un hecho que la ganadería restringe el empleo en el campo, salvo en la época de instalación del pastizal y requiere de medicinas y técnicos foráneos.

El asistencialismo

Otro elemento pernicioso que obstaculizaba la promoción del manejo sostenible de los bosques tropicales lo constituía el asistencialismo que se arraigaba en la conciencia de la gente de

las comunidades nativas debido al trabajo gubernamental del período reeleccionista del gobierno de la década de los 90. La confusión era mayor en los pobladores de las comunidades más relacionadas a la economía occidental, a tal extremo que alguna gente pensaba que nuestro proyecto venía a solucionar los problemas habituales y que para ello no era necesaria ninguna contrapartida local. Esta concepción errada de lo que significa un proyecto de desarrollo aún afecta a ciertos dirigentes interesados de las comunidades nativas que, sin el respaldo de las bases, actúan como fiscalizadores tratando de encontrar argumentos que les permitan recuperar su ascendencia sobre la gente y los privilegios que supone la dirección de la organización comunal en cuanto a la administración de los recursos y bienes. Se continúa insistiendo que el proyecto es una propuesta para dar solución a los problemas del futuro en base al uso ordenado del bosque y al trabajo de la gente para la obtención de productos con valor a partir de este recurso.

La acción política

La situación política que imperaba al inicio del proyecto fue otro aspecto importante que dificultó en parte la promoción del manejo sostenible de los bosques en estas comunidades indígenas. La Asociación de Nacionalidades Asháninkas del Pichis (ANAP), se encontraba comprometida en las elecciones para gobernantes locales y regionales del distrito de Puerto Bermúdez. El Alcalde vigente en ese entonces quería la reelección y era dirigente de la ANAP, pero actuaba sin su auspicio. Ellos en su carrera política buscaban aliados y confundían las conversaciones del proyecto que tenían el propósito de coordinar acciones con la posibilidad de obtener algunas ventajas para la campaña electoral. De alguna manera se produjo un distanciamiento que en la actualidad se está acortando en base a una reunión de las siete comunidades con los dirigentes y a la participación de EDMAR en el Congreso de ANAP.

La ilegalidad de la extracción forestal

Según la ley forestal, todo permiso de extracción forestal debe sustentarse en un plan de manejo forestal aprobado por el Instituto Nacional de Recursos Naturales, INRENA. En el ámbito del proyecto, las comunidades nativas asháninkas en el valle del río Pichis, que son 108, no cuentan con planes de manejo forestal aprobados. Sin embargo, cotidianamente se pueden ver los cargamentos de maderas transitando por las carreteras.

Los extractores de madera hacen transacciones comerciales de este producto con los directivos de la organización comunal o directamente con el jefe de familia si la madera que les interesa se encuentra en su parcela. En cualquiera de los casos, el precio que paga es ínfimo (madera en pie) y generalmente extrae más que el volumen acordado sin que los directivos o el comunero se percaten que así está ocurriendo, debido a que no cuentan con personal que pueda cubicar la madera que sale. Además, el maderero castiga a la comunidad o al comunero desechando la madera tumbada que tiene defectos o descontando, por estos defectos, el valor por pie tablar. Otra forma de reducir el valor del producto es que el maderero siempre quiere pagar el mismo precio por pie tablar así se trate de maderas valiosas que ya son escasas.

Pero también puede existir colusión entre el maderero y los dirigentes comunales para dicha extracción ilegal. El maderero siempre está dispuesto a otorgar adelantos de dinero por la futura extracción y generalmente se muestra muy amable con los dirigentes. Los contratos que se firmaron sin el consentimiento de la comunidad tuvieron un impacto en el desenvolvimiento del proyecto.

De amigo a conviviente

Los asháninkas son pacíficos pero sumamente desconfiados, siendo preferible el establecimiento de una relación horizontal o participativa en la cual la comunidad se identifique con los objetivos de la acción, que considere que son ellos los que conducen la acción en su propio beneficio. Que considere que los extraños son amigos externos que sólo participan apoyándolos en lo que a ellos les interesa.

El problema de desconfianza se hacía evidente en cinco de las siete comunidades debido a que en éstas EDMAR no había trabajado como sí lo hizo en las otras dos. Dicho trabajo permitió comprender los valores y costumbres tradicionales y los cambios que se venían evidenciando en la población joven de estos valores y costumbres. Esta relación se hizo patente con la realización de los talleres participativos de planificación del desarrollo forestal, en cada una de las siete comunidades. Se asumió que todas las personas tenían el derecho de influir en las decisiones que les afectan y por ello, si tenía que ponerse en marcha un proyecto para el manejo sostenible de los bosques, era lógico que existiera un foro donde los involucrados tuvieran la oportunidad de negociar su orientación o la visión de futuro del plan y los compromisos que asumían para lograr los objetivos.

Estos talleres pusieron en claro, como joyas en vitrina luminosa, los conocimientos de la gente respecto al bosque, la problemática socioeconómica que lo afecta, las debilidades de la propia gente para el ordenamiento forestal y los beneficios de su acción para sus hijos y nietos. Afortunadamente, los asháninkas conocen bien sus montes, transitan por ellos por trochas, quebradas y ríos. Conocen sus purmas. Las colpas donde los animales del bosque buscan las tierras saladas. Sus bañaderos y abrevaderos. Las épocas en las que deben recolectar frutos o las horas en las que deben extraer resinas o los días en que deben tumbiar árboles y bambúes. Conocen qué hierbas desinflan sus dolencias o curan sus heridas o contrarrestan la ponzoña de los animales que comparten su medio. Comprendieron que conocían tanto o más que los ingenieros que los acompañaban y que eran ellos los que podían llevar al éxito el proyecto, haciéndolo suyo para siempre.

El papel de los facilitadores

La planeación del manejo forestal participativo es complicada pero viable si el técnico mestizo convive con esta gente en estos ambientes. No es el técnico visitante que cuando llega a la comunidad ya se está despidiendo porque su presencia en la ciudad es indispensable. Es el técnico que conoce por su nombre a muchos niños y ancianos que no trabajan a su lado, que se ha ganado la confianza de la gente como para que ésta exprese su saber y su aspiración.

Los funcionarios de EDMAR visitan a sus familias que viven en las ciudades durante una semana cada mes. Trabajan con los



Inicios de un plan: la comunidad y los trabajadores del proyecto planean un inventario del bosque comunitario en la comunidad Asháninka de Belén. Este bosque comprende más de 7.000 hectáreas de bosque en su mayoría sin explotar. *Fotografía: R. Guevara*

miembros de las comunidades que expresan su interés y que cada vez con mayor frecuencia incluyen a las mujeres y los jóvenes. Además, están continuamente hablando de manejo de bosques y reforestación y participan de las aspiraciones de la gente y de sus problemas. Como la mayoría de los miembros de la comunidad, los mayores y las mujeres no hablan español bien, la comunicación debe realizarse en la lengua Asháninka. Los funcionarios del proyecto deben contar con un buen manejo de la lengua ya que esto es un factor esencial para determinar el éxito del proyecto. Ya no son extraños. Son amigos que conviven con la comunidad indígena y un vínculo confiable con el mundo exterior y con los recursos del proyecto.

Es el técnico que conoce por su nombre a muchos niños y ancianos que no trabajan a su lado, que se ha ganado la confianza de la gente como para que ésta exprese su saber y su aspiración

La organización femenina

Con el presente proyecto se pudo descubrir una gran debilidad de organización de la mujer. Únicamente se contaba con el Club de Madres Mankaretoiteri, de El Milagro. Todas las otras comunidades no habían logrado consolidar la organización femenina y las mujeres interesadas en organizarse no contaban con la información suficiente. Todas las comunidades quieren contar con su respectivo Club de Madres, pero se ven limitadas porque son pocas las mujeres que tienen el conocimiento mínimo para organizar y tramitar el reconocimiento jurídico de la organización. Los profesionales del proyecto están brindando el asesoramiento necesario y participando en la elaboración de un proyecto para promoción del ecoturismo, que complementaría y reforzaría el manejo sostenible de los bosques en los territorios de estas comunidades indígenas.

Planificando el futuro

Los lugares más importantes para involucrar a los jóvenes son precisamente los dos colegios existentes en el ámbito del proyecto, uno en la comunidad de El Milagro y otro en la comunidad Belén. El primero, donde estudian jóvenes de esta comunidad y de comunidades vecinas, hizo egresar la primera promoción de quinto año de secundaria, mientras que el segundo, que recién se inició en el 2002 con alumnos del primer nivel secundario, confrontó grandes dificultades que motivaron la deserción escolar de 16 de los 21 alumnos inscritos.

En el colegio de El Milagro se hicieron una serie de reuniones con todos los alumnos y sus profesores encaminadas a debatir el desarrollo de las actividades escolares, un proceso que permitiría lograr cambios tales como la incorporación en el currículo de la forestería y el manejo forestal. Lo interesante de estas reflexiones fue el consenso de la conveniencia de implementar un taller de carpintería a través del proyecto. Realmente este y otros talleres de carpintería están previstos para el tercer año, pero sucedió que si en ese momento se hacía, era posible gestionar ante el Ministerio de Educación el destaque de un Profesor en ebanistería y carpintería para que cumpla sus funciones en esta comunidad mientras que las actividades del proyecto están en curso.

El trabajo con los jóvenes está superando las expectativas. Actualmente los mejores 45 jóvenes, seleccionados por sus propias comunidades, participan activamente en las actividades del proyecto y de ese total, por lo menos en 21 jóvenes ya se puede confiar que aplicarán los planes de manejo forestal en sus respectivas comunidades. Sin duda que este número se irá ampliando en los próximos meses y años, pero es alentador en el momento poder decir que existe un núcleo de líderes potenciales que liga su desarrollo al futuro del bosque.

La legalización de la extracción forestal

Estas injusticias en los negocios que ofrecen los aguaneros a los pueblos Asháninka, se han tratado en reuniones efectuadas en las 7 comunidades y se han tomado medidas para corregir la situación. Actualmente, cada comunidad cuenta con técnicos cubicadores formados por el proyecto. En todas ellas se ha fijado como precio mínimo us\$0,065 el pie tablar de la madera en pie y us\$0,075 el pie tablar de maderas preciosas como cedro, caoba, ishpingo y tornillo. Incluso en dos de estas comunidades se ha acordado no negociar la madera hasta que se cuente con los respectivos permisos de extracción forestal.

En un caso, se le encargó a un joven de la comunidad para que visitara a las familias informándolas de los alcances del proyecto y de los alcances del contrato de extracción. La población informada reemplazó a sus dirigentes, ya que existía colusión entre el maderero y los dirigentes comunales para dicha extracción ilegal y sólo se aceptó honrar los adelantos recibidos con madera de sus bosques.

Fue así que al inicio del proyecto, los aguaneros pensaron que el proyecto estaba en contra de sus actividades, lo cual no era cierto, porque considerábamos que el aguanero estaba en contacto con el mercado y por lo mismo debía ser uno de los aliados para lograr el objetivo de manejo sostenible de los bosques. Actualmente saben que con los planes de manejo aprobados su actividad ilícita ya no la será y por lo mismo sus cargamentos no requerirán de evasiones al control o de sobornos a las autoridades para el transporte de la madera.

El paisaje comunitario se transforma

En el pasado, muchos miembros de la comunidad vieron al bosque como algo que está allí gratuitamente, esperando ser aprovechado para beneficiar a los comuneros. No se percataron que el recurso se empobrecía y agotaba. Aún hoy, los más

adultos, piensan que si existe un árbol que puede ser vendido, pues hay que venderlo, no importa donde esté ubicado ni si es el último ejemplar que existe en la comunidad.

En cambio, el joven, sabe que los bosques que van a recibir como herencia están empobrecidos y que debe detenerse la destrucción. Ellos buscan cambios que les permita participar de los cambios que continuamente se están sucediendo en el mundo que los rodea. Con recursos deteriorados y que se seguirán deteriorando sino se logra cambiar y revertir la situación, ellos saben que no podrán acceder a este y otros adelantos del mundo moderno. Entonces, ellos empujan a los adultos y producen cambios en la rutina, que si es aprovechada por el proyecto debe crear una cultura de manejo sostenible de los bosques.

La reducción paulatina de la extracción ilegal es una tarea del proyecto, que puede avanzar con la ANAP si nos ponemos de acuerdo para que esta organización aplique y haga aplicar entre sus comunidades afiliadas, una política en este sentido, pues con cada árbol que se pierde ilegalmente se está perdiendo un pedazo del territorio, un pedazo de la cultura, una parte de la historia, del paisaje y de las posibilidades de ofrecerles a los niños y jóvenes una herencia económica generada con su esfuerzo y dedicación al cuidado de la herencia que recibieron de sus ancestros. La deforestación y la degradación forestales no desaparecerán de un día para otro porque las fuerzas económicas que la impulsan son muy poderosas; no obstante, el establecimiento de un proceso de desarrollo comunitario efectivo les brindará a las comunidades una mayor oportunidad de aumentar el valor de sus recursos y tomar decisiones sólidas sobre el uso de estos recursos.